

Riccardo era un hombre que guardaba sus memorias en las arrugas de su piel. Era como un libro viejo, en el cual, si ponías mucha atención, podrías haber leído la historia que sus labios nunca se atrevieron a contar. Esa historia que había sido escrita con tinta permanente en sus venas, en las líneas de sus manos, en las marcas de expresión de su cara, en sus arrugas, en cada una de las canas blancas de su pelo, en la soledad de sus ojos, en cada uno de sus suspiros, e incluso en las casi borrosas huellas de sus dedos. Sin embargo, nadie había logrado descifrar todavía aquellos secretos que guardaba su piel.

Su mente era como un laberinto sin fin. Un laberinto en el que sus memorias actuales, las más felices de su vida, eran perseguidas por los oscuros recuerdos de su pasado. Aquella noche, mientras Riccardo se preparaba para dormir, volvió a oír aquellos sonidos siniestros que no le dejaban dormir cuando se encontraba en la guerra. Y en un abrir y cerrar de ojos, había vuelto a aquel lugar, el que le había arrebatado todo lo que tenía, incluso su última gota de esperanza.

Y de repente volvió a vivirlo todo.

Era diciembre de 1939, la guerra había comenzado hace algunos meses y Riccardo ni siquiera era considerado todavía un adulto. El como empezó todo es un recuerdo inexistente en la mente de Riccardo, un recuerdo borrado por las gotas de dolor, aquellas que no dejan nada a su paso. Se rumoreaba entre los soldados que ya casi era navidad, solo que esta vez aquellas fechas tuvieron el efecto contrario en todos los hombres que ahora habitaban en las tinieblas de la guerra.

El 13 de diciembre de 1939 fue su noche más traumática. Comenzó a recordar cada detalle de aquel día involuntariamente. Ese día era el cumpleaños de su madre, y lógicamente era lo único que habitaba en su mente, se imaginó cada detalle del día como si hubiese estado presente. Pero no sabía que no podía refugiarse en aquel pequeño, pero seguro rincón de su mente, por más que quisiera. Riccardo pasó horas con los ojos cerrados, viviendo y reviviendo cada hora, cada minuto, y cada segundo, de como hubiese sido aquel día junto a su madre, el cual era perfecto solo en su memoria. Pero de repente su lugar casi seguro, fue interrumpido por los gritos y la alteración de sus compañeros. Todos corrían de un lado al otro, y cualquier cosa que había pasado en las últimas horas perdió toda clase de sentido. De repente Riccardo vio a su mejor amigo, Luca, corriendo sin parar, gritó su nombre varias veces, pero Luca no regresó a ver.

Riccardo y Luca crecieron juntos, Luca era tres meses mayor a Riccardo, y esos fueron los únicos tres meses de sus vidas en los que no habían estado juntos. Hasta ahora, ya que esa fue la última vez que Riccardo vio a su mejor amigo, corriendo por su vida sin mirar atrás, olvidándose de todo lo que era, de todo lo que fue, y de todo lo que nunca podrá ser.

En aquel momento Riccardo comprendió que tenía que seguir los pasos de su mejor amigo, y correr hacia cualquier lugar que pudiese. No entendía todavía que había pasado, sabía que estaban bajo ataque, pero no sabía de que tipo. A los pocos segundos eso dejó de importar, sabía que tenía que correr.

Riccardo avanzó 800 metros sin mirar atrás, pero en el camino se encontró con muchos más cadáveres de los que esperaba ver. No regresó a ver hacia abajo, sabía perfectamente que

aquellos cuerpos que yacían en el suelo habían sido lo más parecido que tenía a una familia en los últimos tres meses, pero aquella familia, ya no existía más.

Corrió sin mirar atrás hasta que sus pulmones ya no podían recibir el oxígeno de la misma manera. De repente se encontró con uno de los soldados que había estado con él en la trinchera. Y fue ahí cuando se detuvo el tiempo.

Volvió a la realidad, volvió al presente. Estos saltos en el tiempo estaban dejando encerrado a Riccardo en una jaula mental de la cual sería muy difícil escapar.

Riccardo estaba acostumbrado a relacionar cada aspecto de su vida actual, con sus vivencias de cuando tenía 17 años, pero nunca había sentido tanta angustia y temor al volver a sus pensamientos como aquellos días. Era como si en verdad estuviese viajando en el tiempo, y se estuviese teletransportando a lo que él recordaba como su mayor pesadilla. Pero nuevamente lo ignoró, porque si hacía caso por un mínimo segundo a las voces que escuchaba en su cabeza, se hubiese vuelto loco.

Así que siguió preparándose para ir a dormir. Sin embargo, aquella noche no era como las otras. Riccardo sentía cada vez con más fuerza la urgencia de huir, la urgencia de correr, como si se le acabase el tiempo, o como si al tiempo se le acabase él. Pero nuevamente intentó con todas sus fuerzas suprimir aquellos pensamientos que parecían suyos, pero que en verdad era al revés. En el intento de escapar de su mente escuchó un golpe en la puerta, que lo regresó a la realidad de inmediato. Al oír la puerta Riccardo sintió como toda su angustia se liberaba poco a poco de su cuerpo, pero la tranquilidad le fue efímera, e incluso su mente jugó en su contra, cuando al abrir la puerta, no encontró nada. Harto por los juegos que le estaba jugando su mente, volvió a la habitación, y decidió que su mejor opción era irse a dormir.

Aquella noche Riccardo no concilió el sueño. A pesar del cansancio que tenía, de sus párpados los cuales no aguantaban un segundo más abiertos, de sus bostezos que parecían ser eternos, y de las mil y una vueltas que lo vió dar su cama, no conseguía quedarse dormido. Y nuevamente su mente decidió el rumbo que tomarían las cosas.

Volvió a verse a él mismo, esta vez estaba en un campo completamente vacío y completamente solo. Le aterraba el hecho de pensar que aquel lugar probablemente guardaba muchas memorias de la gente que había pasado por ahí. Sin duda alguna, aquel lugar completamente gris, sin ningún rastro de vida, en el cual se sentía una mezcla de dolor con polvo en los aires, la cual poco a poco y sin aviso previo se iba adueñándose de su cuerpo, fue un lugar lleno de felicidad y tranquilidad en algún momento de la historia. Y a pesar de que probablemente aquellos momentos no habían sido hace mucho tiempo, cada uno de ellos había sido eliminado completamente por la soledad que se apoderó del lugar de inmediato. Los cráteres formados por las bombas, el pasto completamente quemado y pulverizado, y la incertidumbre de no saber a donde ir se iban apoderando de Riccardo lentamente. Hasta que por fin su inconsciente se puso de su lado y lo obligó a escapar de aquella realidad que poco a poco se estaba adueñando de él, y por fin, despertó.

Para su mala suerte, no habían pasado ni dos horas desde que consiguió quedarse dormido. Riccardo se estaba volviendo loco, y sentía como cada segundo que pasaba, lo iba condenando a una demencia inevitable. Su alma le iba perteneciendo poco a poco a su pasado, y ya no sabía distinguir aquellos aspectos de su vida sobre los cuales seguía teniendo control. Su respiración agitada lo mantenía alerta, sentía como el aire se le escapaba dejándolo vacío. Por primera vez en mucho tiempo volvía a ser consciente de los latidos de su corazón, de como la sangre que este bombeaba se demoraba más en llegar a cada rincón de su cuerpo, y de como el reloj que estaba instalado en su pecho, era controlado por sus latidos, aquellos que cada vez sonaban más ahogados, los mismos que se habían apoderado de su mente hace muchas horas, y los que llenaban de pánico a Riccardo cada vez que se detenían para volver a sonar. Esas pausas eternas en las que su corazón se expandía para volverse a encoger lo estaban matando, y poco a poco se fueron convirtiendo en el único sonido que retumbaba en las paredes de su habitación.

De repente, Riccardo volvió a tragar, volvió a tomar el control de su cuerpo, y su garganta, la cual se había olvidado de como se sentía el tener voz, volvió a despertar.

Decidido a no dejarse controlar por sus sueños y recuerdos, se paró de la cama, se lavó la cara y los dientes, y se puso la misma ropa deportiva que se ponía cada mañana. Definitivamente el quedarse dormido, y arriesgarse a que su mente tome todo el control de su cuerpo, ya no era una opción factible para él. Por lo que decidió empezar su día, como siempre, solo que, a diferencia de todos los días anteriores, seguían siendo apenas las tres de la mañana, lo cual le dejaba expuesto a un día entreno que ni siquiera había comenzado por completo, lo volvía mucho más vulnerable de lo que creía. Y lo que Riccardo no tomó en cuenta al tomar aquella decisión inesperada, era que la mejor amiga de todos sus miedos y tormentos era la oscuridad, y todavía quedaban tres eternas horas para que amanezca por completo, tres horas en las que Riccardo tenía que recuperar el control sobre su propio cuerpo.

Riccardo Salió de su casa y empezó a caminar, como lo hacía siempre. De inmediato sintió el frío aire de la madrugada que rozaba su piel, y no pudo evitar pensar en aquellos largos y dolorosos meses de invierno en los que ni siquiera sabía donde estaba, en los que ya no tenía ni que comer, en los que estaba solo y su única compañía por varios meses había sido un rifle de guerra. Esos meses en los que cada minúsculo sonido lo ponía alerta, y lo hacía temer por su vida. Esos meses en los que tuvo que caminar sin saber hacia donde iba, en medio de la nieve, la cual le congelaba cada parte de su cuerpo cada vez más. Esa nieve blanca que cubría cada centímetro del lugar, la misma que le hacía dudar si había avanzado a un lugar diferente, o si solo estaba dando vueltas en círculos.

La nieve puede parecer muy esperanzadora, y a muchos les puede recordar a momentos felices. Los juegos en invierno cuando uno era pequeño, la emoción de ver los copos caer por primera vez en el año, poder pasar horas y horas sin cansarte jugando y riendo en ella. Son recuerdos que forman parte de todos. Pero para Riccardo esos recuerdos habían cambiado hace mucho tiempo. Los copos ya no eran delicado y alegres, hacía mucho tiempo que se habían convertido en una avalancha que destruía todo lo que estaba a su paso. El caminar en la nieve ya no era lo mismo

que reír mientras jugaba con sus amigos, sino que ahora solo le recordaba lo solo que estaba, mientras le congelaba cada hueso de su cuerpo lentamente.

Riccardo regresó a la realidad. Nuevamente se había dejado llevar por sus pensamientos. Vió al cielo y vió como los delgados y tenues rayos de sol se iban apoderando del oscuro cielo. Empezó a escuchar como los pájaros ya empezaban a cantar, y como había más personas saliendo de sus hogares para comenzar el día. Desconcertado miró a su alrededor, y al no reconocer donde estaba, se asusto mucho. Vio la hora y se dio cuenta que había caminado tres horas en línea recta sin saber a donde iba. Tres horas en las que solo pensó en nieve, y las cuales se sintieron como tres minutos. Tres horas en las que se había alejado lo suficiente de su casa como para no saber donde estaba parado.

Así que dio la vuelta, y volvió a caminar a su casa en línea recta, siguiendo cada uno de sus pasos. Otras tres horas en las que tenía que ser extremadamente cuidadoso con sus pensamientos, aquellos en los que ya no podía confiar. Así Riccardo llegó a su casa a las nueve de la mañana, y fue el único momento en casi doce horas, en el que tuvo control sobre su mente, y no su mente sobre él.

Al llegar a su casa, Riccardo pensó que toda esta larga pesadilla, por fin había terminado. Y los ya fuertes rayos de sol que daban inicio a un nuevo día, le dieron esperanza y mucha tranquilidad. Así que Riccardo decidió dejar aquella noche en el pasado y concentrarse en el día que tenía por delante. Hizo todo como cualquier otro día. Llegó a su casa y tomó una larga y muy caliente ducha, la cual le permitió desestresarse por completo, ordenó su habitación sin dejar rastro alguno de la muy mala noche que había pasado. Y por fin llegó su momento favorito del día. Puso sus canciones favoritas y empezó a cocinar pasta como todos los días. La puerta de su casa estaba abierta como siempre, y los vecinos, sus amigos del barrio, empezaron a entrar a su casa al oír la musica que había puesto el muy querido Riccardo. Bailaron con él, alegraron el ambiente, se rieron, conversaron y ayudaron a Riccardo a lavar los platos, hacer la ensalada o a hacer cualquier otra tarea de la casa, pero sin tocar en ningún momento su famosa pasta, como era de costumbre. Abrieron una botella de vino, y disfrutaron más que el día anterior, como lo hacían siempre. Y para Riccardo sus pensamientos ya no eran un problema. Sus amigos, los cuales eran más como su familia, lo habían salvado sin siquiera saber.

Acabaron de cocinar, pero no pararon de reír y bailar, mientras esperaban que los niños del barrio regresen del colegio para darles de comer. Y así fue, en pocos minutos los niños empezaron a llegar, y todos empezaron a comer la deliciosa pasta que había preparado Riccardo, estos sin duda eran los mejores momentos del día de las personas del barrio, y serían los momentos que mas nostalgia, pero a la vez felicidad, provocarían en aquellos niños, cuando piensen en su infancia.

Las risas, las charlas interminables llenas de ocurrencias por parte de los más pequeños del barrio, la familiaridad, los bailes, y las copas de vino entre amigos, fueron diluyendo poco a poco cualquier resto de la noche que había pasado Riccardo, y ese mal sabor se iba desvaneciendo rápidamente. Regresando a Riccardo a la realidad y a los días más felices de su vida.

Poco a poco empezó a oscurecer, y los vecinos de Riccardo se empezaron a ir uno por uno a sus respectivas casas, y nuevamente las puertas de la casa se cerraron, después de haber permitido que la soledad pase por el portal nuevamente. Riccardo no se angustió, porque pensaba que ya había hecho las pases con ella después de tantos años. Así que siguió limpiando y ordenando la casa como de costumbre, pero sin apagar la música. Al acabar se sintió tranquilo porque volvía a tener control sobre sí mismo. Pero esta tranquilidad se desvaneció rápidamente cuando se dio cuenta que tenía que ir a dormir. Trató de mantenerse tranquilo y controlar cada reacción de su cuerpo, incluso las reacciones involuntarias, no estaba dispuesto a dejarse llevar por su mayor enemigo, su pasado. Así que se alistó para ir a dormir como de costumbre sin darle muchas vueltas al asunto, y por fin se acostó en la cama, y al cerrar los ojos se quedó dormido.

Riccardo sintió una leve y agradable brisa en su cara, la cual le hizo abrir los ojos. Estaba en un campo lleno de flores, el cual se le hacía muy familiar, sabía perfectamente donde estaba, pero esta vez no dejó que sus pensamientos lo paralicen. Vio a su alrededor y ahí estaba, aquel soldado con el que se había encontrado después de huir de las trincheras. A pesar de que entendía que había estado huyendo previamente, no se sentía cansado, ni siquiera sentía miedo o ansiedad.

De repente regresó a ver. Vio a uno de los soldados apuntándolo a lo lejos, pensó en apuntarlo él también, pero la tranquilidad abundaba en su cuerpo. Pensó en levantar la pistola para salvar su vida, pero no le asustó lo que pudiese pasar si no lo hacía. Vio como apretó el gatillo, pero no se sintió acorralado. Vio como la bala salió disparada y empezó a acercarse lentamente hacia él, como si no estuviese acercándose a 500 metros por segundo. Y a pesar de todo, de que probablemente estaba soñando, Riccardo no paraba de pensar en las tardes de pasta con sus amigos y los niños del barrio, esos eran los recuerdos que pasaban frente a sus ojos. Y de repente lo sintió, nueve milímetros de plomo atravesando cada fibra de su pecho, como si fuese un pedazo de papel, el cual puede ser atravesado sin ninguna complicación. Sintió la pólvora esparcirse por su cuerpo mientras se apoderaba de todo lo que Riccardo consideraba suyo. Su cuerpo, su piel, sus venas, sus órganos, su oxígeno. Pero sobretodo sus recuerdos, sus sueños, sus miedos, sus risas y sus lágrimas. Todo lo que Riccardo algún día fue, todo lo que hasta ese momento era, pero todo lo que ya nunca podría ser. Sintió como sus piernas se debilitaban y se rendían ante la gravedad, la misma que le dejaba caer al suelo sin encontrarse con ningún tipo de resistencia. Se aferró a ese último aliento, pero no sintió desesperación al sentir como el aire se escapaba de él. Se dio cuenta que su sangre ya no era suya, sino de todas las flores que estaban a su alrededor. Riccardo ni siquiera había sido consciente del sonido de la bala cuando fue disparada, o cuando fue que cayó al suelo. Pero ahí estaba él, lanzado en el suelo, observando como su vida y sus recuerdos se escapaban de sus manos. Y aún así, solo pensaba en las risas y los bailes de la noche anterior. Hasta que ya ni siquiera se pudo aferrar a esos momentos. Y a esa vida que se le escapaba, ya no pudo alcanzarla.